

de mate con una pajita que le introducimos de cuando en cuando en el acuario. El condenado chupa y chupa del mate con tan ostensible fruición que dan ganas de aplaudirle, o de imitarle, pero para eso hay que ser argentino.

Cada miembro de este —hay que reconocerlo— exquisito club, al que pertenecen gentes de todos los oficios intelectuales, pero no reporteros, eso no, llega a su casa después de haber echado a menudo el bofe en ridículas tareas burocráticas o mercantiles o, en todo caso, tras dos o tres horas de tortura en medio del tráfico urbano, sea a pie, sea en coche, llega a su casa, digo, se arrellana en su butaca hecho migas y, en vez de tener que aguantar como los demás mortales las no menos mortales emisiones de la teletontaina, aprieta el botón de su cajita especial del Canal del Axolotl, se sirve un whisky o un buen rioja o un mejor valdepeñas, con jamón de su pueblo —que es mejor y mucho más barato que el de Jabugo, oigan— y se dedica a flotar durante unas horas, acompañado a veces de su mujer —pero no de los niños, si los tiene, que se burlan de lo que ellos llaman el «pez mamarracho»—, a flotar en un fluido divino, celeste o interestelar. Allí está, frente a él, en la pequeña pantalla de su televisor, el axolotl Julio dispuesto a relajarle y aliviarle de tanto peso muerto y de tanta pestilencia ciudadana, contándole alguna de las maravillosas y sutiles historias que él sabe narrar tan bien.

Alto, alto, no crean ustedes que el pececillo o renacuajo de largas branquias habla. No, no se trata de eso. Hace otra cosa más sutil, más relajante y más deleitosa: nos transmite sus señales telepáticas y, con ellas, lo mucho bueno que tiene que contarnos. La cosa ocurre del siguiente modo: la criaturita se mantiene inmóvil en medio de su acuario, con los ojos fijos en la cámara. ¡Y qué ojos! En ellos reside el mecanismo de la transmisión telepática. Son unos ojos enormes, redondos y protuberantes, de un insólito color glauco, como de alguien que está acostumbrado a ver y a moverse en las profundidades abisales. Para quienes lo conocimos, los ojos de Julio, exactamente sus ojos. El televidente no tiene más que mirar fijamente esos ojos y dejarse llevar por la corriente que de ellos emana. Lo mejor es que apague las luces de la habitación, o que ponga sólo una luz indirecta o filtrada. Y entonces, sin el menor esfuerzo por su parte, sintiendo que flota en el mismo fluido glauco de los ojos que le miran desde la pequeña pantalla catódica, su espíritu se llena de palabras, de suaves y hermosas palabras que cuentan prodigiosas historias de seres insólitos, tan insólitos como el axolotl Julio que mira, que mira...

Así, un día es la insinuante y triste historia de un loco que hace auténticas diabluras con el saxofón hasta que no puede aguantar más y revienta de whisky, de arte, de vida. En otra ocasión un grupo de automóviles

atrapados en un interminable embotellamiento en la Autopista del Sur termina suplantando a sus conductores y entablan entre sí unas relaciones de lo más sabrosamente humanas. Y en otra el diablo deja huellas de sus babas en un puente de París y un fotógrafo las descubre casualmente en una de sus imágenes. Y hay también otro relato extraordinario en el que un porteño larguirucho de grandes ojos deslumbrados y deslumbrantes se pone a mirar a un axolotl en su acuario parisiense del Jardin des Plantes y la fascinación entre la criatura acuática y el cigüeñón humano es tal que el grandón termina por transmutarse en el pequeñito.

Gracias a esta sencilla pero ingeniosa invención, ya lo veis, hemos podido concebir e instalar este Canal del Axolotl que nos salva de la teletontaina y nos hace felices como niños, por lo menos en las regaladas y relajadas horas que pasamos ante nuestro televisor encendido, siempre con el axolotl como único personaje y el acuario como solo escenario. En esos largos espacios de felicidad que nos proporciona nuestro canal televisivo, la paz doméstica reina en nuestros hogares, si se exceptúa a los niños que están bastante cabreadillos porque no pueden ver la teletontaina. Pero la cosa tiene fácil remedio: ponerles un televisor convencional en su cuarto y... allá ellos con las brutales patochadas de su tele. En todo caso, entre marido y mujer, gracias a la euforia que transmite el axolotl con su sola presencia, más el encanto de sus telepáticos relatos, todo es paz y armonía: ni el varón se propasa con la mano, según la mala costumbre ancestral, ni la dama se pone hecha un basilisco por cualquier nimiedad o, como es idiotamente sólito, se convierte en dragón llameante a causa de celos idiotas.

Visto todo ello, ¿habrá alguien tan mentecato y tan pobre de espíritu como para no apuntarse a tan hermoso invento? Hemos dejado chiquitos a nuestros inspiradores virginianos, ¿no les parece?, que, a decir verdad, sólo por azar y sin darse cuenta descubrieron la tele civilizada, sin comprender sus inmensas posibilidades regeneradoras.

Y esto nada más que para empezar. Porque, ya metidos en harina, los promotores hemos pensado en diversificar un poco —no mucho, claro, para no caer en malas tentaciones— las emisiones de nuestro canal. Por ejemplo, estamos imaginando cómo podríamos introducir en nuestro acuario (porque el acuario debe mantenerse siempre, está claro: es el elemento relajante número uno) a un judío praguense delgadito, de lindo rostro aniñado y deslumbrados ojos de buho, narrador de extrañas historias que luego destinaba al fuego. El problema radica en que no conocemos pez con él relacionado al que podamos instalar en nuestro hermoso acuario. Alguno de nosotros ha recordado la cucaracha Gregor Samsa; pero ¿puede una cucaracha vivir en un acuario? Además, murió según

parece y la tiraron a la basura. En fin, ya veremos. Me extrañaría que no hubiera en el ancho reino de la naturaleza algún bicho o bichito acuático o anfibio que tenga algo que ver con el señor K.

En última instancia, si no pudiéramos meter en el acuario al estrafalario judío praguense (que, por cierto, tiene trazas de hermano o de primo hermano del axolotl Julio), nos quedaremos sólo con éste. Aunque estoy seguro de que Julio estaría encantado de tener por compañero acuático a tan raro personaje. De todos modos ¿para qué cambiar? Al menos en lo que a mí respecta, estoy seguro de poder seguir contemplando al axolotl Julio y escuchando sus misteriosos y sutiles relatos por los siglos de los siglos, sin que en mis labios llegue ni siquiera a esbozarse el menor bostezo.

*Nota me temo que necesaria.* Como, por desgracia, nuestras masas populares no deben de haber leído nunca —¿y cómo podrían?— un solo relato del axolotl Julio, señalo que pueden encontrarlos todos reunidos en varias ediciones recientes. En particular pueden solazarse con el titulado justamente «El axolotl», en el que Julio, llamado también Cortázar, cuenta la gran aventura de su transmutación en el raro pececillo que entonces estaba en el Jardín des Plantes y ahora en un luminoso acuario de una casa madrileña.

*Otra nota menos necesaria.* No sabemos cuánto puede durar nuestro axolotl, que por lo pronto tiene ya más de cuarenta años, lo que no es floja cifra. Si se nos muriera, nos crearía un problema insoluble. Pero, ¿se lo confesaré a ustedes?, el axolotl Julio no nos hará esa faena. De todos modos, no podría: estoy convencido de que es inmortal. Así que hay Canal del Axolotl para rato.

*Y una nota más, con perdón.* Acaso más de un lector se pregunte qué ha sido del acuario del Jardín des Plantes después de mi literario hurto, que confieso aquí porque tengo entendido que está prescrito. Muy sencillo: sustituyeron rápidamente a Julio. Ahora, sin que nadie de fuera se haya dado cuenta del cambio, hay otro axolotl. Sólo nosotros sabemos que no es *el* axolotl. Y todos tan contentos.

**Francisco Fernández Santos**



# Revista de Occidente

Revista mensual fundada en 1923 por  
José Ortega y Gasset

**leer, pensar, saber**

j. t. fraser • maría zambrano • umberto eco • james  
buchanan • jean-françois lyotard • george steiner • julio  
çaro baroja • raymond carr • norbert elías • julio cortázar  
• gianni vattimo • j. l. lópez aranguren • georg simmel •  
georges duby • javier muguerza • naguib mahfuz • susan  
sontag • mijail bajtin • ángel gonzález • jürgen habermas  
• a. j. greimas • juan benet • richard rorty • paul ricoeur  
• mario bunge • pierre bourdieu • isaiah berlin • michel  
maffesoli • claude lévi-strauss • octavio paz • jean  
baudrillard • iris murdoch • rafael alberti • jacques  
derrida • ramón carande • robert darnton • rosa chacel

Edita: Fundación José Ortega y Gasset  
Fortuny, 53. 28010 Madrid. Tel. 410 44 12

Distribuye: Comercial Atheneum  
Rufino González, 26. 28037 Madrid. Tel. 754 20 62